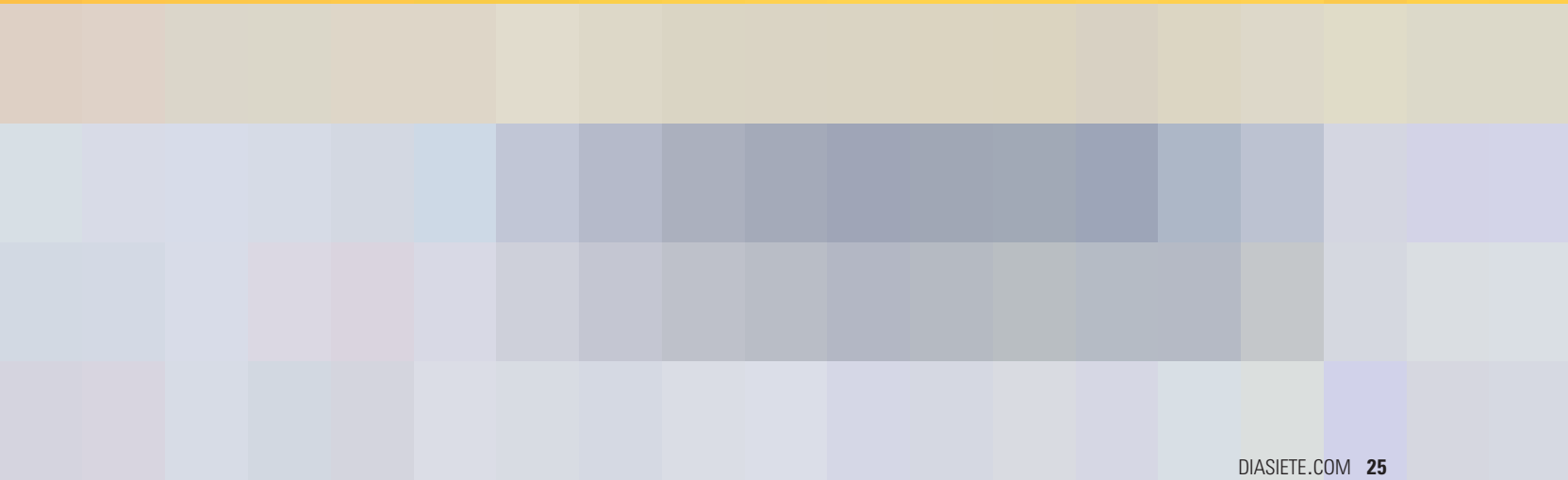
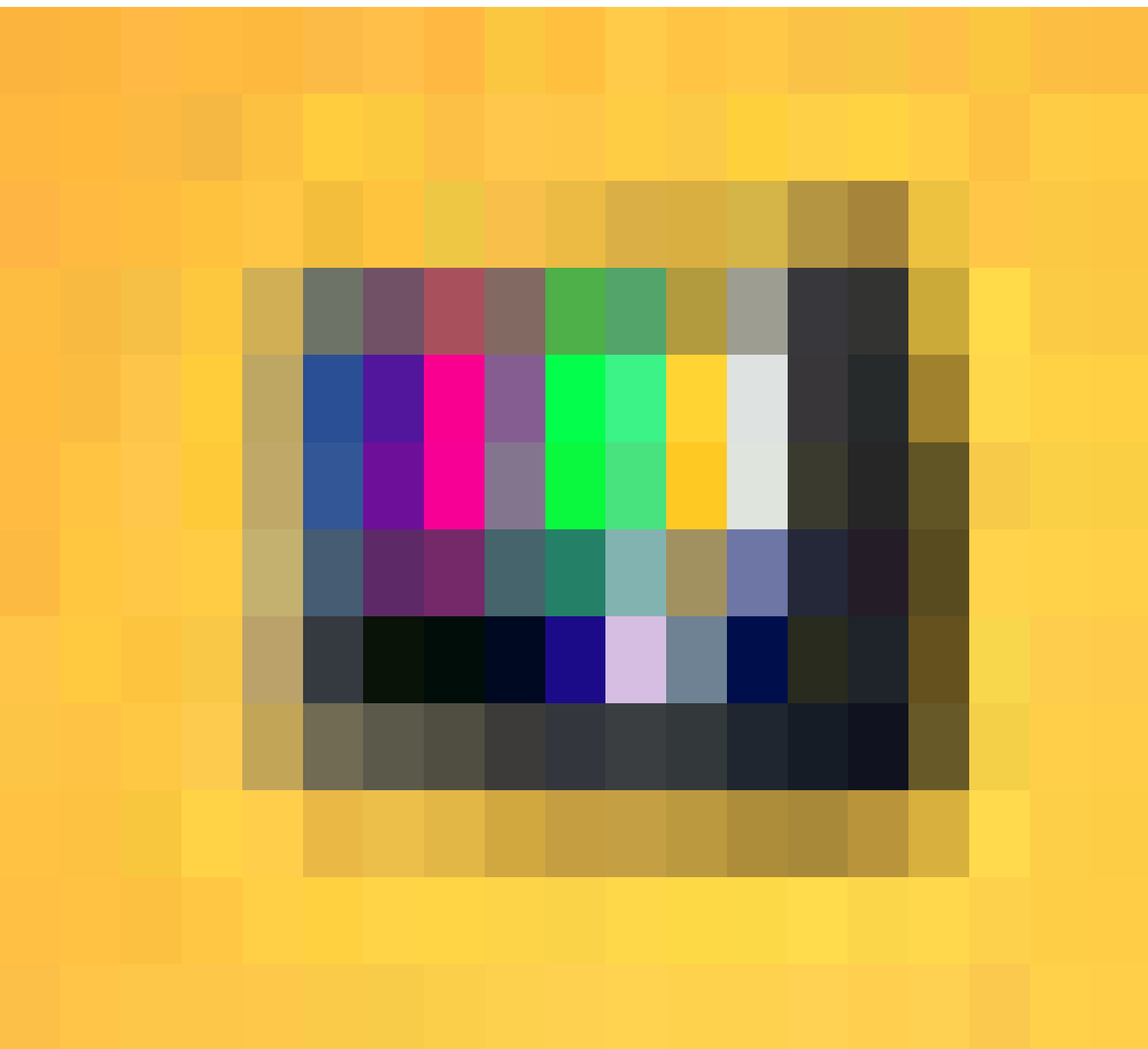


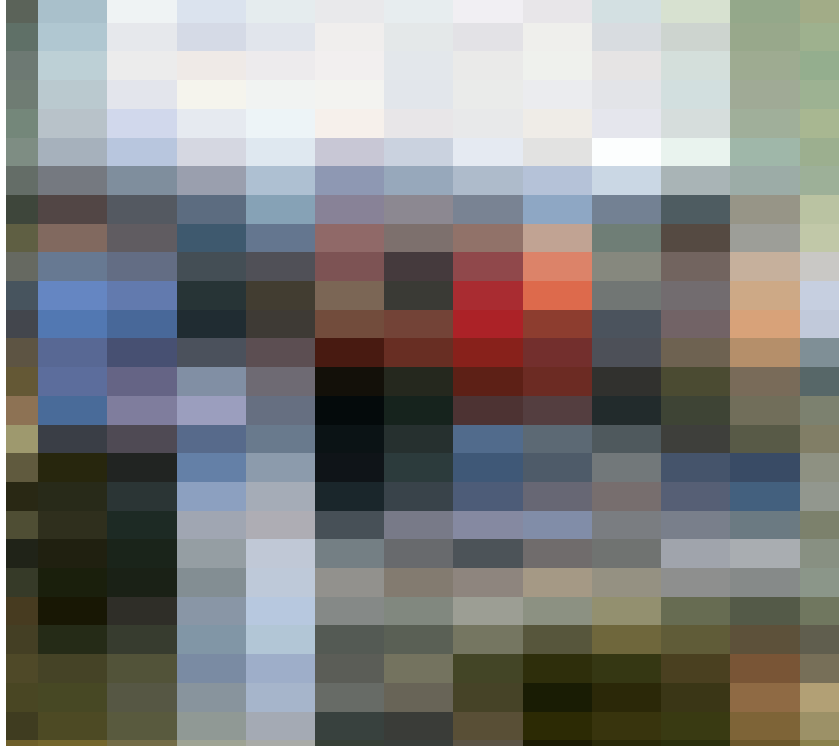
TV CULTURAL

“El problema es que es televisión”

La televisión cultural requiere una oferta diferente a la comercial, no parecerse. Necesita otras voces y una estética distinta, no las mismas. Que se oponga a lo mercantil, dice el autor, quien siguió la programación de las estaciones públicas durante dos semanas. La siguiente crónica parte de su experiencia personal, como televidente y como invitado a diversos espacios. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**



Grabación de un documental sobre microscopios. El reto es traducir la ciencia y la cultura a un lenguaje audiovisual.



A es un escritor notable y afamado. B es un reportero –tremendamente popular entre su familia– que desea ser un escritor notable y afamado. Para no lucir pedante, A escupe trivialidades: sobre su vida, su obra, la bendita suerte de estar en pantalla. Para no parecer trivial, B se esmera en ser pedante: eleva la voz, arrebatada la palabra, formula circularmente sus preguntas.

C cambia de canal justo cuando A comienza a preguntarle a B sobre su vida, su obra futura, la bendita suerte de estar en pantalla.

*

Lo sé: peor que la televisión cultural mexicana sería no tener televisión cultural mexicana.

Veamos o no los canales 11, 22 y 40, da gusto saber que existen.

Si algún día uno se cansa de leer libros o caminar calles o seducir mujeres, uno podría llegar incluso a verlos.

Más en serio: es bueno que haya una oferta cultural en la televisión mexicana. Es bueno e indispensable: no se puede vivir de televisión comercial y el país, como todo país, merece una oferta plural de información y entretenimiento.

Tengo para mí que las telenovelas del canal 2 y el 13 son exactamente lo mismo. Como los noticieros de una y otra cadena. Como

Que la tele cultural se oponga a la estética deslavada de la televisión comercial; que, en vez de atarse al dudoso encanto de lo fotogénico, exponga la convulsa fealdad de lo real

los programas de espectáculos de una pandilla y otra. Para eso, precisamente, está la jodida publicidad: para hacernos creer que hay diferencias entre un producto y otro cuando, en realidad, no las hay.

Una buena televisión cultural debería ofrecer, entonces, una programación *esencialmente* distinta. No sólo otros programas y otras voces: una estética diferente, un ritmo propio, una visión particular de las cosas. Además de cumplir con

sus tareas más virtuosas –acercar a la gente a los eventos culturales, formar espectadores inteligentes, debatir los asuntos públicos–, debería actuar *negativamente*: no sólo a favor de la cultura sino en contra de todo aquello que se le opone.

Dos deseos:

Que la televisión cultural mexicana se oponga a la estética deslavada de la televisión comercial; que, en vez de atarse al dudoso encanto de lo fotogénico, exponga la convulsa fealdad de lo real.

Que la televisión cultural mexicana se oponga a la manía contemporánea de divertir; que, en vez de ofrecer programas *divertidos*, proponga materiales *densos* o *polémicos* o *inteligentes* o *sofisticados* o *radicales*.

Ahora bien: si creyera que los deseos pueden volverse realidad, no desearía nada de esto.

Muy probablemente desearía que no hubiera televisión.

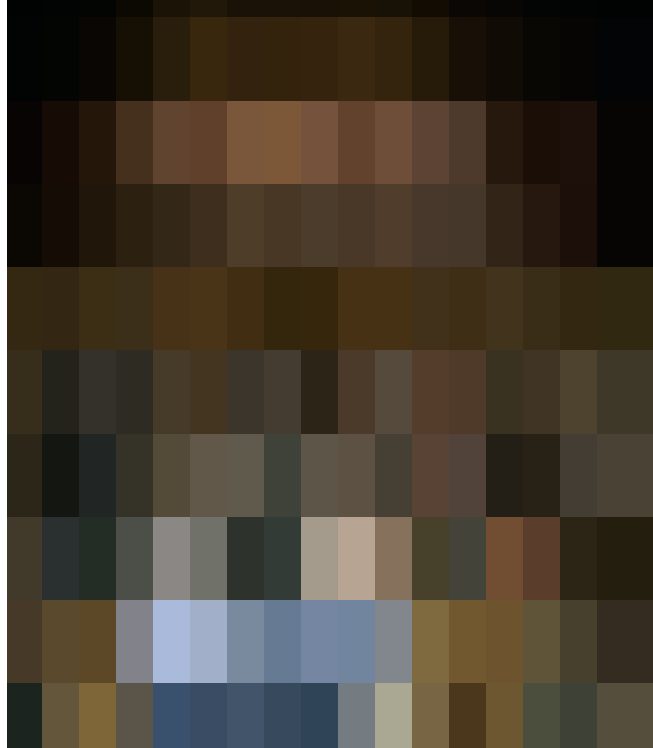
*

La frase “El problema de la televisión cultural es que es televisión” debe esperar.

Por lo pronto, puede decirse: el problema no es la televisión cultural; el problema soy yo.

Permítanme presentarme: me llamo Rafael y soy un televidente mediocre.

Un ensayo de la ópera *Lucía*, en el Palacio de Bellas Artes del DF.



Justo ahora, mientras redacto esta frase, estoy sentado frente a la pantalla de una computadora, la espalda recta, la vista al frente, la atención más o menos fija en esta última palabra. Mucho me temo que cuando miro televisión mi postura es menos correcta.

Me tumbo –o, mejor, me desparramo– en un sillón.

Algo como; a veces bebo.

Un segundo veo el televisor y al siguiente ya miro el techo o me rasco la cabeza o me corto las uñas de los pies.

Si no dormito, tampoco estoy del todo despierto.

No pienso ni río ni escucho y apenas veo a las personas que, dentro del televisor, se obstinan en hacerme pensar y reír y escuchar.

Ese es el problema: me postro ante la televisión cuando no quiero hacer nada; no creo que ver televisión sea hacer algo.

Ese es el problema: me enternecen los esfuerzos de las personas que aparecen en la televisión cultural mexicana pero, al menos conmigo, no consiguen nada.

La cosa es que durante las últimas dos semanas he visto intermitentemente, con el solo fin de redactar este texto, la televisión cultural mexicana.

La cosa es que luego de esta experiencia, a veces dolorosa,

¿A qué esfera pertenece la tele cultural? Es decir: antes que alta cultura es televisión. Su tarea es compleja... tiene que traducir el lenguaje de las artes y la literatura en imagen televisiva

normalmente sedante, sigo pensando lo de siempre: la televisión es el enemigo.

*

¿Alguna anécdota curiosa? No, ninguna.

*

Descubro –mientras veo *Entre líneas* en el Canal 22 y/o la cápsula cultural del noticiero de Carlos Loret de Mola– que no le deseo éxito a la televisión cultural mexicana. Que

informe sobre los eventos culturales, sí. Que fomente el debate público. Que ofrezca buen cine. Que oponga su propuesta a la de la televisión más idiota. Etcétera. Pero que no adquiera demasiado poder. Ocurre hoy que aquellos hechos políticos que no son referidos en la pantalla de un televisor parecerían no existir. Lo mismo pasa –como lo ha señalado Gabriel Zaid– con los productos: si no pueden ser publicitados en un anuncio de 20 o 30 segundos, dejan de ser competitivos. ¿Eso se quiere para la cultura? ¿Que la televisión no sólo administre el ocio de la mayoría y manipule la agenda política sino que, aparte, influya decisivamente en la alta cultura? ¿Que sólo exista lo sancionado por el noticiero cultural? ¿Que todo aquello que no pueda ser presentado en un programa de televisión –la teoría, por ejemplo, o el arte conceptual– pierda fuerza y termine por desvanecerse? Porque no lo creo, confieso que no me alarman, y a veces hasta me tranquilizan, los bajos *ratings* de la televisión cultural mexicana. La cultura está en otra parte.

*

Una mesa redonda donde: *A* es un escritor notable y afamado, *B* es un arquitecto notable y afamado, *C* es una arqueóloga notable y afamada.

Cuando se le pregunta algo a A, A responde. Lo mismo B, cuando le toca, y C, que respeta devotamente los turnos. La cosa termina pronto, entre aplausos y risas y anuncios comerciales.

D apaga el televisor cuando una pregunta –“¿Por qué diablos nunca se discute en la televisión cultural mexicana?”– amenaza con rasgar su somnolencia.



Descubro leyendo un ensayo de Zygmunt Bauman –y no mientras veo *La dichosa palabra*– que la idea de la eternidad está devaluada. Si antes los artistas y escritores creaban para conquistar –siglos después– la gloria, hoy buena parte de ellos trabaja para obtener –aquí y ahora– fama. También eso: la televisión, así sea pública, promociona la cultura de la fama y ésta, como ha demostrado Zaid en varios ensayos, no siempre rima con el arte y la literatura. Aunque es dudoso que una figura de la televisión cultural pueda volverse de veras *famosa*, es muy probable que al final del día goce de más reconocimiento que este buen escritor o aquel destacado artista. Dicho de un modo bastante elemental: antes uno escribía un libro para conquistar cierta celebridad; ahora uno se vuelve primero famoso y después publica, entre



Una estética similar entre los programas de las televisoras públicas y privadas impide notar la diferencia entre ambas.



risas y aplausos y anuncios comerciales, su esperado libro.

*

Una anécdota, sí.

Tres o cuatro veces he aparecido en programas de la televisión cultural.

Nada importante: mi rostro pálido y miope en algún noticiero, una mesa redonda, tal vez una entrevista.

Si se acerca la maquillista, no opongo resistencia.

Si la conductora pregunta, respondo.

Cuando me dejan, regreso a casa.

Desde luego no regreso a casa y enciendo el aparato y contemplo, devastado, mi sombría figura.

Pero una vez lo hice, y la impresión fue tan tremenda que dejé de ver la televisión durante meses.

El bárbaro de mi siquiátra diría que el asunto es sencillo: desprecio la televisión cultural mexicana porque en ella aparece gente como yo.

*

Descubro leyendo un ensayo de Vicente Verdú –y no viendo las pavorosas entrevistas de Carlos Alazraki en Canal 40– que el filósofo español Javier Echeverría postula la existencia de tres esferas: la natural, la cultural y una tercera, más

o menos virtual, creada por los medios masivos de comunicación. ¿A qué esfera pertenece la televisión cultural? Sencillo: a pesar del adjetivo, a la tercera. Es decir: antes que alta cultura es televisión. Por lo mismo su tarea es compleja, si no es que contradictoria: debe publicitar los eventos y las obras de la segunda esfera en la tercera. Para hacerlo, tiene que traducir, primero, el lenguaje de las artes y la literatura en imagen televisiva. Tiene, también, que sintetizar los múltiples sentidos de una obra cultural en una cápsula de 30 segundos, una noticia de dos minutos o un programa de hora y media. Por último: tiene que hacer comprensible para un público muy amplio lo que tal vez fue pensado para un selecto puñado de lectores o espectadores. ¿Qué ocurre? Que, al cumplir con su tarea de divulgación, la televisión simplifica a fuerzas la cultura. Simplifica = homogeniza, achata, empobrece. Todo esto para decir: la televisión cultural ofrece un acercamiento pálido, sesgado, a la cultura. O de otro modo: la televisión cultural no puede, no debe, sustituir a la cultura.

O por último:

*

“Si la gente cree que una imagen de la naturaleza es igual o similar a la experiencia de la naturaleza, y queda

por lo tanto bastante satisfecha con la imagen que no ha obtenido de su experiencia real, entonces la naturaleza está en apuros. Si la gente cree que las imágenes de los hechos históricos o de la actualidad son iguales a los hechos mismos o al menos una muy buena aproximación a ellos, entonces la realidad histórica está en problemas”. (Jerry Mander, *Cuatro buenas razones para eliminar la televisión.*)

*

[Música de despedida]

Descubro platicando con un amigo –y no mientras veo *Solórzano en la red*– que Jean Baudrillard vaticinó lo siguiente:

Que en el final de los tiempos, cuando todo se haya desplomado y el último humano haya muerto, un televisor permanecerá brutalmente encendido, despidiendo su ruido sordo, retransmitiendo entre las ruinas un *loop* infinito.

Señoras y señores del público, esta es mi pregunta: ¿la escena sería menos atroz si las imágenes reproducidas una y otra vez provinieran de un programa de la televisión cultural?

Como la respuesta es NO, ahora ya podemos decirlo:

El problema de la televisión cultural es que es televisión. •